

POBLACIÓN MUNDIAL Y POBREZA

HORTENSIA FERNÁNDEZ

¿Es el exceso de población la causa de la pobreza en el mundo? El informe del Estado de la Población para 1988, publicado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas decía así: «Las causas decisivas de la creciente carga y destrucción de los recursos naturales son el rápido crecimiento de la población y el aumento acelerado de la demanda de alimentos y energía y materias primas en el Tercer Mundo». Y a continuación viene el remedio a la enfermedad: «O se aplica un control demográfico en los países más pobres, o de aquí al 2050 se habrá duplicado la población del planeta y no habrá alimentos para todos».

Reverdece de la mano de ilustres ecólogos y parte del movimiento ecologista el viejo discurso malthusiano, según el cual si la población crece en progresión geométrica, llegará un momento en que la escasez de alimentos desatará todo tipo de violencias en la lucha por la vida, que llevará a la extinción de la especie humana.

Ecologistas reputados y conocidos como Garret Hardin hacen alarde del más burdo reduccionismo biológico al aplicar mecánicamente a la población humana las leyes que regulan el equilibrio entre poblaciones animales y vegetales. Según el mecanismo presa-depredador, si la población de lobos aumenta por falta de cazadores, la población de conejos disminuirá, con lo cual se producirá una mortandad masiva de lobos que conducirá a un nuevo equilibrio.

Si bien este criterio puede ser correcto para explicar la regulación de la población de los demás seres vivos, se intenta olvidar que las poblaciones humanas han elaborado a lo largo de los siglos formas de control demográfico, basadas en la sustitución de mecanismos biológicos por pautas culturales, como pueden ser la tabúes sexuales, la abstinencia sexual e, incluso, prácticas abortivas y anticonceptivas que les ha permitido vivir en equilibrio con el medio y sus recursos disponibles.

Es este tipo de razonamientos el que ha llevado a Garret Hardin, conocido ecologista, a decir barbaridades de este tipo: «Las donaciones de alimentos a un país superpoblado tienen un efecto bumerán aumentando el hambre a largo plazo. Sólo una cosa puede realmente ayudar a un país pobre el control demográfico». O al decir de ilustres ecólogos como Ehrlich, que la causa de la crisis ambiental son los demasiados carros, las demasiadas fábricas, los demasiados plaguicidas y, en resumen, *demasiada gente*.

Mientras tanto, el biólogo Barry Commoner demuestra con profusión de ejemplos

cómo de los tres factores que influyen en el impacto ambiental -población, riqueza y factor tecnológico- la población no es el más importante, sino el factor tecnológico. Pone el ejemplo del aumento de fosfatos en las aguas superficiales; su cantidad aumentó del año 1946 a 1967 en un 42% mientras la población aumentaba en un 41% y el factor riqueza permanecía constante (cantidad de producto limpiador por persona), pero en cambio la cantidad de fosfato por unidad de producto de limpieza (factor tecnológico) creció en un 1,27%, debido al uso de detergentes con fosfato en lugar de jabón.

Explosión demográfica, un fantasma.

Pero el fantasma de la *explosión demográfica* no es más que una cortina de humo para esconder la verdadera naturaleza de las causas de la pobreza en el mundo, como es el reparto desigual de la riqueza. La brecha que separa a ricos y pobres por un lado, y a países del Centro y de la Periferia por el otro, se abre cada vez más.

800 millones de personas en el mundo viven en la más absoluta pobreza, 450 millones pasan hambre, 2.800 millones no tienen agua potable y 2.400 millones no tienen acceso a la asistencia médica. Solamente en Africa un niño de cada 5-6 nacidos moría de hambre en la década de los 80, y uno de cada dos en Bangladesh. 14 millones de niños mueren al año en el mundo según la UNICEF.

Si planteamos el problema en su justa dimensión, veremos que el desequilibrio real no es tanto entre recursos y población sino entre recursos y consumo. Es evidente que vivimos en un mundo finito con recursos limitados, y lo que también es evidente, es que el ritmo de consumo que se produce en el Norte no es ya posible por mucho tiempo. ¿Cuál es entonces el problema del 80% de la población humana del Sur que no llega a consumir un 15% de los recursos, o el 20% del Norte que consume el 85%? ¿Qué es lo que está en peligro? ¿Nuestro modelo de consumo o el acceso a la alimentación de toda la humanidad?

Dicen los demógrafos que según la tasa de natalidad actual en Africa, que ronda el 3%, la población se duplicará en 24 años. Sin embargo, no se habla de que la población base de partida es muy baja, con densidades medias de 20 habitantes /km² -o de 17 habitantes/km² en Brasil- frente a los 361 habitantes/km² de Holanda, por ejemplo. Es verdad que las densidades por sí mismas dicen poco, pero si hablamos de recursos disponibles o *capacidad de carga del sistema* no podemos decir que Holanda sea un país autosuficiente, con importaciones de 4 millones de toneladas de cereales, de 136.000 toneladas de aceites y 480.000 toneladas de legumbres entre los años 1984 y 1986. Es decir, que puede permitirse esta densidad expensas del resto del planeta; mientras que Brasil, Zaire y otros países hoy sumidos en la miseria cuentan con importantes recursos naturales.

Lo que si hemos de admitir es que, en la mayoría de los países del Tercer Mundo, esta población no se distribuye homogéneamente, presentando densidades muy desiguales entre el campo y las ciudades, donde se concentra la mayoría de la gente; y este fenómeno va en aumento, con lo que se agravan aún más los problemas de miseria y enfermedad.

Pero si gran parte de los habitantes de países del Sur se encuentran hacinados en gigantescas e inhumanas urbes, es porque se les ha impuesto un modelo macroeconómico como la actual Economía-Mundo, modelo puramente extractivo, basado en la exportación de productos que interesan al Norte, que ha destruido sus sistemas tradicionales, expulsando a los pequeños campesinos de sus tierras, y ha llevado a muchos países a la

destrucción de gran parte de sus reservas forestales, comprometiendo así su futuro.

Este modelo impuesto por el Banco Mundial y el FMI como gendarmes internacionales, ha condicionado la concesión de créditos a la exportación de determinados productos y a la imposición de programas de ajuste que conllevan drásticas restricciones en los presupuestos dedicados a servicios sociales, devaluación de la moneda local y a la imposición de rígidos programas de control de natalidad, que han contribuido a un empeoramiento de las condiciones de vida.

¿Aumenta y disminuye la población?

En estas condiciones de desposeimiento de la tierra, el aumento de la natalidad por encima de la tasa de reposición constituye una estrategia de supervivencia que se traduce en más mano de obra y más jornales; es también un seguro por la vejez, cuando las mínimas condiciones de vida no están aseguradas, y cuando la mortalidad infantil es todavía muy elevada, como ocurre en África.

Esta situación de alta natalidad coincide con un descenso de la mortalidad infantil, debido a un mínimo de acceso a ciertos progresos en la higiene y condiciones sanitarias, importadas mecánicamente del Norte, lo que convierte al problema en aparentemente mayor del que es en realidad.

No olvidemos que la población de Europa paso de 146 a 572 millones en sólo dos siglos, en el lapso que va de 1750 a 1950; es decir, que también sufrió una *explosión demográfica* producida por un descenso en la mortalidad infantil, hasta que llegó a un período de transición demográfica gracias fundamentalmente a la emigración masiva a sus antiguas colonias.

En América, mientras tanto a consecuencia del impacto causado por la colonización española que, en dos siglos, redujo a un 25% la población, víctima de la superexplotación y de las epidemias como la viruela o el sarampión, contra las cuales la población indígena no se encontraba inmunizada, la población en el siglo XIX era la misma que en el siglo XV.

En África, la población en 1990 era la misma que en 1600, es decir, tres siglos antes; una despoblación masiva que hay que achacar sobre todo al efecto de la colonización y tráfico de esclavos que perduró hasta finales del siglo XIX. La situación sólo ha mejorado parcialmente, puesto que en la actualidad ha de hacer frente a hambrunas, guerras, sequías y epidemias como el sida que afecta ya en este momento a 8 millones de personas, y que en algunos lugares, llega a afectar al 25% de su población. Al mismo tiempo, la producción agrícola en la década de los 80 era más baja que 30 años antes, y el 44% de sus habitantes estaba desnutrido y un 24% presentaba problemas de salud a consecuencia del hambre.

En consecuencia, el fantasma de la sobrepoblación no es, por lo tanto, el miedo a la reproducción ilimitada, que nunca ha existido, sino el miedo a la invasión de razas extrañas, con culturas diferentes a la nuestra y que pretenden tener acceso a parte del pastel. Por eso, creemos que lo que subyace bajo un discurso pseudoecologista o pseudofeminista, según venga al caso, es la negativa a que otros pueblos resuelvan los problemas producidos por nosotros, emigrando de la misma forma que lo hicieron los europeos a todos los países del mundo en el siglo XIX.

¿Qué pasa en el norte?

Si estos señores que nos hablan de la bomba demográfica fuesen coherentes con

su razonamiento, lo que deberían plantear es su control de natalidad en el Norte y no en el Sur, puesto que si un norteamericano consume 280 veces más que un haitiano, un ruandés o un nepalí, sería mucho más eficaz el control demográfico en EEUU que en Haití, Rwanda o Nepal.

No es por tanto ése el problema, pues mientras vemos cómo en el Norte se resucita una cruzada a favor de la familia y de la natalidad, bajo amenaza de no cobrar pensiones en nuestra vejez, se sigue bajando la tasa de natalidad. ¿Por qué no se abren las fronteras a la emigración, si éste es el verdadero problema?

Vemos que, tanto en el Norte como en el Sur, el objetivo número uno es la mujer; pero el discurso es doble: aquí se la responsabiliza de no tener en cuenta las necesidades del Estado, al no producirse suficientemente, y allí se le acusa de irresponsabilidad al tener demasiados hijos, contribuyendo con ello al aumento de la pobreza. Es decir, que si eres blanca y occidental es bueno tener hijos para pagar las pensiones de nuestros viejos, pero si eres negra y del Tercer Mundo, lo mejor que puedes hacer es esterilizarte como ya han hecho con el 40% de las mujeres en Puerto Rico, de las que ya utilizaban algún tipo de anticonceptivo y con el 70% en algunas regiones del Brasil.

Políticas del población en el Sur.

Después del fracaso obtenido con las esterilizaciones realizadas a la fuerza en Guatemala en los años 70, sin el consentimiento de las afectadas, los métodos han cambiado, y se intenta involucrar a las propias mujeres en los programas de control de la natalidad.

En Tailandia, la Asociación de Población y Desarrollo, lleva a cabo un programa de engorde de cerdos, que consiste en ceder lechones a las mujeres que se comprometan a utilizar métodos anticonceptivos de inciertos efectos secundarios, con las que se comprometen a venderles el pienso a bajo precio y a comprarles, luego, el cerdo, también a bajo precio. Este programa que se realiza bajo el tema: «Deja el próximo embarazo para el cerdo», tiene la virtud de proporcionarles carne de cerdo barata y, al mismo tiempo, experimentar gratuitamente productos farmacéuticos de escasa fiabilidad.

Eso no impide el chantaje como medio de persuasión, como ocurrió en Bangladesh, después de las inundaciones de 1984, en que se condicionó el suministro de alimentos a la esterilización de sus mujeres.

El Cairo: un falso debate

La Conferencia de El Cairo de septiembre de 1994 sobre la población mundial, lo que consiguió realmente fue camuflar el problema del reparto desigual de la riqueza como causa fundamental de la pobreza en el mundo, desviando la atención hacia las disputas entre corrientes fundamentalistas (Vaticano e Islam), y posturas supuestamente progresistas a favor del control de natalidad, haciendo pasar el discurso oficial de las Naciones Unidas como un discurso racional y feminista frente a las tesis retrógradas y machistas del Vaticano.

Con esta magistral *mise en scene*, no se habló ni de la reducción del consumo en el Norte, ni de la situación de la mujer en el mundo, aprobándose incluso propuestas tan xenófobas como es el rechazo al derecho a la reagrupación familiar de los emigrantes.

Sólo algunos grupos de mujeres de Asia, África y América Latina, que intervinieron en la Conferencia Alternativa, supieron denunciar las prácticas antinatalistas practicadas

con mujeres del Tercer Mundo como crímenes contra la mujer. Fueron ellas las que denunciaron la práctica de esterilizaciones bajo chantaje, o sin la previa información sobre su irreversibilidad, así como la utilización de las inyecciones anticonceptivas trimestrales: Devp-Provera y Nert. En fármacos prohibidos tanto en Europa como en EE.UU. por mostrar indicios de debilitamiento del sistema inmunológico pero profusamente utilizados con mujeres del Tercer Mundo.

También se denuncia la colaboración de la OMS desde 1972, en la investigación de anticonceptivos de larga duración, financiados por el Banco Mundial, con el resultado de los implantes hormonales Norplant, que se colocan debajo de la piel y tienen una duración de cinco años. Estos implantes de consecuencias desconocidas sobre la salud, han sido y siguen siendo masivamente utilizados en programas oficiales de control de natalidad que muchos países del Tercer Mundo, como la India, Tailandia, etc. que utilizan así a sus mujeres como conejos de indias.

Sin embargo, dos cosas quedaron claras en El Cairo: 1, que no son las mujeres las que les interesan, sino su úteros irresponsables; 2, lo que dijo Bush en Río: «Con lo único que no estamos dispuestos a negociar es con nuestro estilo de vida».